

centro de la civilización pagana del siglo XIX, recordando á Dios su promesa de salvar á la humana sociedad. Vendrá una nueva encarnación, y vendrá, como siempre, por María.

6. ¡Albricias, carísimos hermanos! ¡Albricias á la Francia y al mundo! «¡Hosanna al Hijo de David! ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor!»¹ Jesucristo va á encarnar de nuevo en millones de almas, va á re-encarnar en la sociedad, que si por de pronto no se regenera oficialmente, se regenerará en breve, se cristianizará á su tiempo, como se cristianizó el mundo antiguo. Una nueva era religiosa empieza: los acontecimientos lo denuncian claramente. La fe reconquista los espíritus: Jesucristo es de nuevo conocido, amado y adorado. ¡No veis cómo, á partir de la definición dogmática y de la aparición de la Concepción Inmaculada en Lourdes, la religión recobra el dominio de las almas que parecía haber perdido para siempre? Lo sobrenatural rechazado abiertamente por los librepensadores, se impone, se le toca con las manos, y hasta sus más encarnizados enemigos se ven reducidos al silencio y al ridículo; la fe revive vigorosa en esas masas de hombres que envían todas las naciones de Europa y América á Lourdes, y por su medio se aviva en el corazón de la sociedad moderna. Cristo se ve allí paseando en medio de la multitud como en los tiempos de su peregrinación por Judea y Galilea, *benefaciendo et sanando omnes*², curando instantáneamente todo género de enfermedades, convirtiendo pecadores, santificando almas justas, derramando á manos llenas tesoros de misericordia que Él solo posee, y haciendo prodigios que ningún otro puede hacer. ¿Cómo negar que el Señor Dios nuestro está en medio de Israel, según la antigua profecía? ¡Oh! y con cuánta verdad podemos decir con el Evangelista: *Vidimus gloriam eius, gloriam quasi Unigeniti a Patre!*³

¹ Luc. 13, 35.

² Act. 10, 38.

³ Io. 1, 14.

Entre tanto, ¿qué es del protestantismo? ¿qué del racionalismo ateo? ¿qué de las victorias morales de la revolución? El protestantismo agoniza, se disuelve, como todas las sectas que le precedieron: no vive sino una vida artificial y ficticia. El racionalismo ha llegado á minar los cimientos de la verdad natural; se ha abismado en el escepticismo abriendo de par en par las puertas al torpe materialismo; esto agota los espíritus; esto no puede satisfacer el hambre de luz y de felicidad que aqueja á toda inteligencia no extraviada y á todo corazón no pervertido. Por consiguiente, la causa de la escuela revolucionaria está perdida; sus victorias son puramente materiales; son el triunfo de la fuerza bruta; son la tiranía y el despotismo, lo mismo que en los primeros siglos de la Iglesia. El Evangelio triunfará mañana como ayer. La nueva encarnación de Jesucristo es un hecho incontestable. Á ella debía preceder la aparición de María, radiante de hermosura en su Inmaculada Concepción de Lourdes. ¿Queréis saber cuán hermosa aparece? Preguntádselo á la cándida Bernardita. No: mirad solamente á esta humilde pastorcita arrodillada delante de la abertura de la roca; miradla arrobada en éxtasis, transfigurada; es un ángel ella misma; ¡qué será la Señora cuya vista la extasia! ¡Oh! la hermosura de la Virgen Inmaculada de Lourdes es una hermosura superior á todas las terrenas hermosuras; es, más que angelical, divina: *Speciosa apparuit inter filias hominum*. Y esta gracia se difunde por todo su ser; sus ojos que miran dulcemente al cielo al pronunciar aquellas sacramentales palabras: «Yo soy la Inmaculada Concepción», sus labios, que vierten ríos de miel al conversar familiarmente con la dichosa confidenta de sus secretos; su traje, que toma de la nieve la blancura y el azul del firmamento; sus pies, que adornan rosas de oro; toda ella, que es un encanto, un mar de delicias: *Deliciis affluens*, un trasunto de la Divinidad. Y no creáis que es

una belleza desdeñosa y arrogante, propuesta sólo á nuestra admiración; ¡oh! no: que es la bondad misma; la belleza que atrae y arrebató; que consuela y fortalece el espíritu, que purifica las almas que la miran, siquiera sea en su sagrada efigie, que la contemplan con los ojos del espíritu.

II.

7. ¿Por qué esa gracia tan atrayente, de María Inmaculada? Porque ella viene anunciando al mundo moderno la venida de Aquel que dijo: *Ego si exaltatus fuero a terra, omnia traham ad me ipsum*¹, del que venía á cautivar los corazones con el atractivo de la redención. La gracia de María, en el primer instante de su existencia, fué fruto precioso de la muerte de Cristo Redentor, fué una gracia de preservación de toda mancha de pecado, concedida en previsión de los méritos infinitos del que había de morir en la cruz por salvar á María antes que á ningún otro de los escogidos. Como Dios amó á esta criatura, primogénita suya, más que á todas las criaturas juntas, incluso los mismos ángeles, por ella vino al mundo, por ella se inmoló en la cruz, por ella redimió al género humano, condenado á muerte eterna. Pero á María quiso redimirla de un modo singular y extraordinario, no ya sacándola del abismo de la culpa, sino impidiendo que cayera en él, porque, como ella misma dijo: *Apprehendit manum meam et servavit me*—«Me tomó de la mano, y me guardó.»² Á todos los demás, fuera de ella, fué preciso extraerlos del bátrito profundo á donde los precipitó miserablemente la primordial prevaricación.

¡Dichosos los que lavaron sus almas en la sangre del Cordero!³ ¡Desgraciados los que de la redención no se aprovechan! Al cabo de diecinueve siglos de consumada la redención en el Calvario, imposible parece que haya

¹ To. 12, 32.² Is. 42, 6.³ Apoc. 7, 14.

hombres tan ciegos que, en medio de la luz del cristianismo, vivan sepultados en tinieblas de muerte y en sombras de pecado, cual si para ellos no hubiera muerto Jesucristo ó no se les hubiese anunciado la nueva de la salvación. ¡Y que haya también naciones, antes cristianas, que vayan recayendo en el paganismo, desconociendo la necesidad de la redención de Jesucristo! Tales son, hermanos carísimos, las sociedades modernas hondamente minadas por el racionalismo naturalista, según el cual el hombre de hoy es el hombre primitivo, el hombre perfecto, íntegro en su naturaleza, no el hombre caído, que decimos los cristianos, siguiendo las doctrinas de la revelación y de la tradición universal. Es claro y manifiesto que, no habiendo caída ni pecado original, la redención está de sobra; si aquella es un mito, ésta no es más que una quimera. Entre tanto, vemos y palpamos que la ola del pecado sube y sube más día por día; que la iniquidad se extiende y amenaza hundir el mundo moral sin que la vana ciencia de los modernos filósofos baste á contener sus avances; y mientras nos lisonjean llamándonos perfectos, nos vemos encenagados en un mar de corrupción. Pero las naciones, lo mismo que los individuos, ya van desengañándose, aleccionadas con la experiencia de los ojos. ¡Atrás los maestros del error! ¡Atrás los conductores ciegos de la sociedad! El mundo clama por la redención: *Veni, Domine, et noli tardare: relaxa facinora plebi tue*¹. Y la redención vendrá para nuestro siglo, digo mejor, ya lucen para nosotros los días de la antigua redención. Frutos de ésta son las maravillas de Lourdes. En aquel día dijo el Señor: «Habrà una fuente de gracia abierta para la casa de David.»² Y la fuente milagrosa de Lourdes donde tantos enfermos encuentran la salud del cuerpo ¿no es una figura expresiva de esa otra fuente donde hallan

¹ Eccl. in offic. Advent.² Zach. 13, 1.

salud y vida las almas pecadoras? La Inmaculada Concepción, objeto de las miradas del mundo entero, está predicando del modo más elocuente la realidad del dogma fundamental de la redención: la caída del género humano por el pecado de Adán, *in quo omnes peccaverunt*¹; está, pues, anunciando al Redentor; y su palabra de Madre es una exhortación vehemente á la penitencia y á la oración por los pobres pecadores. La redención no se obrará jamás sin la condición que ponía el mismo Redentor, y que, en su nombre, imponían los apóstoles: la penitencia². Que el mundo se convierta, y será redimido. Pero ¿se ha convertido en efecto? ¿ha llegado ya la redención?

8. Esto creemos tener derecho de afirmar, después de medio siglo de cumplidos los sucesos que hoy piadosamente recordamos. ¡Cincuenta años de culto perpetuo á la Inmaculada Virgen de Lourdes! ¡Cincuenta años de peregrinaciones, en que figuran los fieles por muchos millares! ¿No representan sinnúmero de conversiones? Desde el momento mismo en que salieron de los labios de María estas palabras: «Penitencia, rogar por los pecadores», la gracia pareció apoderarse de todos los corazones de los habitantes de la ciudad bendita y los frutos de salvación se manifestaron en asombrosas proporciones. Jamás la voz del misionero había obtenido resultados tan edificantes como el grito salido de las rocas de Massabielle. Y estos resultados no tardaron en extenderse por el mundo entero. Ha llegado, pues, la redención. La Inmaculada Concepción será aclamada una vez más Corredentora del mundo. Y para más glorificarla, y, por ella, glorificar al Redentor, deteneos por algunos momentos á contemplar la que podemos llamar «obra de María Inmaculada», los frutos abundantes y exquisitos de la nueva redención. Semejantes á los que vieron los primeros siglos de la

¹ Rom. 5, 12.

² Act. 16, 3.

Iglesia, como fueron la santidad de costumbres en los fieles, el celo abrasador de los apóstoles, el heroísmo de los mártires, las obras todas de caridad emprendidas por la Iglesia católica; lo son también actualmente las virtudes que se han visto reflorar en todas partes, á contar de la fecha de la aparición, no menos que las piadosas instituciones á que ella ha dado origen ó contribuido á vigorizar. ¿Quién no advierte los progresos realizados por la Iglesia en la segunda mitad del siglo XIX? Mirad en la cumbre del pontificado á esas figuras colosales de Pío IX, el Pontífice de la Inmaculada, León XIII, el Pontífice del Rosario, y Pío X, el de la Restauración de la sociedad en Cristo, y admirad en cada uno de ellos, con los destellos de la Virgen que los iluminan, las grandezas de la redención que los elevan sobre todos los poderes humanos. Mirad al episcopado de la Iglesia universal, reunido en el Concilio Vaticano, decretando, á despecho de la ciencia presuntuosa del siglo y á pesar de la opresora libertad de los gobiernos, la infalibilidad del Vicario de Cristo y la supremacía de la fe sobre la razón; y vedlo también en la basílica de Lourdes, á la cabeza del pueblo católico, desfilando en magníficas procesiones, pregonando las glorias de María en el púlpito, coronando su sagrada imagen. Tended la vista por todo el universo y admirad la prodigiosa propaganda del Evangelio en las regiones más remotas del África, Asia y Oceanía, no menos que la difusión de la doctrina religiosa y moral en los pueblos cristianos, ya para moralizar á las masas extraviadas, ya para encaminar á las nuevas generaciones por la senda de la cristiana educación. Y detengamos aquí nuestras miradas. ¡Qué no debe la educación á la Virgen de la Gruta! Díganlo este Colegio de Nuestra Señora de Regla, y su Congregación de las Hijas de María Inmaculada. ¿Sería yo capaz de enumerar siquiera ligeramente los frutos de honor y de virtud por ella producidos en cinco décadas

que cuenta de existencia? Pero ¿qué necesidad de poner de relieve lo que está á la vista de toda esta gran ciudad, de todo el país y brilla en todas partes con magníficos colores, «como el arco refulgente entre nimbos de gloria»?¹ ¡Oh! razón tenéis, Venerables Madres Directoras, y piadosas alumnas de este Colegio, para festejar este día de tan grato aniversario como el de la fundación de este fragante y precioso vergel de María Inmaculada. ¡Son tan bellas las flores de piedad y de pureza que aquí brotan al calor de la devoción á la Virgen y bajo el cultivo de sus abnegadas jardineras! ¡Tan opimos y abundantes los frutos que produce fuera de este sagrado recinto, en el seno de las familias y de la sociedad! Yo no sabría en resumen deciros otra cosa que lo del Eclesiástico: «Mira el arco y bendice al que lo hizo.»² Mirad á María y no os canséis de bendecirla. Mirad más alto, al Criador de María, y dadle honor y gloria en el tiempo y en la eternidad. Así sea.

De San José.

(Predicado en la iglesia de Belén, Habana 1909.)

San José, modelo de todos los estados de la vida cristiana.

Joseph, fili David, noli timere accipere Mariam coniugem tuam.
Matth. 1, 20.

1. La gloria fundamental de los santos, aquella que es el germen de su gloria en el cielo, consiste, hermanos míos en nuestro Señor Jesucristo, en haber poseído tal copia y excelencia de virtudes, cual se requiere para arribar á las más altas cumbres de la santidad. El que, á fuerza de heroísmo sobrenatural, ha llegado á tan excelsa

¹ Eccli. 50, 8.

² Ibid. 43, 12.

cúspide, dominando desde allí todas las humanas vicisitudes, bien puede ser aclamado y tenido por modelo en todos los estados de la vida cristiana. Bien puede decirse á la humanidad de todos los tiempos y naciones: *Inspice, et fac secundum exemplar quod tibi in monte monstratum est*—«Obra según el dechado que tienes á la vista en ese monte de la santidad.»¹ Después de Jesús y María ¿á quién puede proponerse por modelo de toda virtud y perfección con mayor derecho que al Varón justo, cuya festividad celebra el día de hoy la Iglesia católica, cuyo solo nombre regocija al pueblo cristiano, al gran Patriarca y Señor nuestro San José? Dos son los principales estados de la vida cristiana, enseñados por Jesucristo y practicados en la Iglesia: el de los preceptos y el de los consejos evangélicos; en otros términos: el del matrimonio y el de la santa virginidad. En uno y otro se puede alcanzar la perfección más elevada, aunque ambos no son iguales en dignidad ni en mérito². El glorioso San José es modelo perfectísimo de entrambos estados, y con la circunstancia excepcional de serlo no sucesiva sino simultáneamente. He aquí su gloria peculiar. Por singular privilegio José es padre y virgen, en cierto modo como María, virgen-madre, porque tal debía ser el digno esposo de tal esposa, y tales uno y otra, los padres dignos del Verbo encarnado. En los planes divinos quedó decretado que el Hijo de Dios fuese concebido en naturaleza humana, de una virgen; pero, como observa San Jerónimo, no de una virgen simplemente, sino desposada y con un varón en quien la gloria de la virginidad pusiese á cubierto la honra del hijo y de la madre³. La virginidad, separada, por ley general, del matrimonio, con el cual parece incompatible, aunque no lo es en realidad, según lo prueba San Agustín⁴, era

¹ Ex. 25, 40.

² 1 Cor. 7, 34.

³ Lib. 1 Comment. in cap. 1 Matth.

⁴ Lib. 23 contra Faust.